

## Editorial

### PRESENCIA EN EL MUNDO

**N**O hace muchos años la Congregación de Seminarios y Universidades planteaba a los rectores de éstas una pregunta inquietante: ¿por qué no pesa más el pensamiento católico en el mundo de hoy? Desconocemos los resultados finales de la encuesta, pero nos basta el hecho de haberse realizado para poder asegurar que existe un problema serio. Hay una desproporción entre la brillantez, la profundidad, la seguridad de la filosofía cristiana y su influjo en el pensamiento moderno. ¿Qué ha ocurrido?

Hay una solución fácil y cuya parte de verdad no puede negarse: el sectarismo laicista, herencia del siglo XIX, que rechaza «a priori» y por sistema cuanto pueda tener una inspiración de signo religioso. Pero ¿es ésa toda la verdad? Creemos, con el Padre Carlos Valverde en su espléndido artículo del último número de «Razón y Fe», que no. Que nos ha hecho mucho daño el «escuelismo», con sus miles de páginas consagradas a querellas de maestros o de órdenes religiosas; que ha habido «preteritismo» e in actualidad en la elección de temas, porque, querámoslo o no, será difícil que pueda interesar al hombre de hoy cuál sea el principio de individuación, si la materia «signata quantitate» o la «ipsa entitas rei», o si la esencia y la existencia se distinguen realmente, o si la esencia metafísica de la felicidad consista en los datos de entendimiento o de voluntad; que ha habido rigidez, falta de flexibilidad para acomodarse a los tiempos en cuanto al lenguaje, en tantas ocasiones superado por lo tosco y anticuado; que ha habido excesiva penetración teológica al presentar unas soluciones que eran pedidas por quienes no compartían nuestra fe.

Felizmente algo importante está pasando. Tarde, eso sí, pero con rapidez y a buen paso. La apertura a los problemas del mundo que nos rodea (el peligro atómico, el hambre, la superpoblación, las desigualdades entre los pueblos, etcétera), que inició el magisterio de Pío XII, está siendo llevada a su plenitud por el Concilio Vaticano II. Y estamos aprendiendo una lección de humildad: no teníamos las ideas tan claras como suponíamos antes de ponernos a reflexionar. Y una lección de optimismo: el mundo se ha puesto a atendernos cuando le hemos hablado de sus cosas (el «symposium» sobre la «Pax in terris» en la O. N. U. es un buen argumento). Y una lección bien triste: el inmovilismo no es jamás una solución, y, a la postre, se paga con usura (¿qué otra sería nuestra situación si quienes intentaron, desde el cardenal Cusa y Galileo hasta Mercier y Bergson, renovar no hubieran tropezado con la radical incompreensión de quienes no sabían superar un aristotelismo estrecho?).

Pero no es razón insistir en el aspecto negativo. Alegrémonos más bien. Leamos el hermoso discurso de Pablo VI a la comisión que estudia los problemas de la regulación de la natalidad: no lo sabemos todo; estamos buscando afanosamente la verdad; pedimos ayuda a quienes pueden conocerla, aunque, como en este caso, sean en su mayoría seculares (¿por qué no?); sabemos que el mundo espera, y que no podemos refugiarnos en fórmulas vagas cuando el problema es real y angustioso para muchos, muchísimos hombres; sabemos que el mundo está a la escucha.

(Continúa en la pág. 3.)

#### EN ESTE NÚMERO:

- EL SENTIDO AUTENTICO DE LA REFORMA, por el Excmo. y Rvdmo. señor don Antonio Añoveros (pág. 9).
- NOTAS LITURGICAS: LUGAR DEL SAGRARIO, por Manuel Useros (páginas 11-19).
- EN TORNO AL ESPIRITU DE LOS SEMINARIOS POSTRIDENTINOS, por Enrique Sanjosé (págs. 21-24).